

Daisy Johnson hunde en las profundidades las raíces del terror

La autora británica reelabora el mito de Edipo en 'Bajo la superficie'. "Las escritoras debemos destruir para crear", asegura

LAURA FERNÁNDEZ, Barcelona
Nació un día de Halloween. Quizá por eso, dice, le gustan tanto las historias de terror. Daisy Johnson (Reino Unido, 31 años), considerada como la más clara heredera de la maestra del género Shirley Jackson, leyó su primer texto de otro grande, Stephen King, siendo adolescente. "Lo devoré", corrige. Su primera novela, la aterradora *Bajo la superficie* (Periférica), se ha comparado con las del llamado Rey del Horror. El motivo: "Aquello en lo que nos convertimos los escritores cuando leemos". ¿Y qué es? "Una especie de contenedor de reciclaje. Cuando creamos, reutilizamos todo lo que hemos ido acumulando". De King se quedó con la idea de lo adictivo de sus libros. "Quería que los míos lo fuesen también", dice.

Johnson está en un pequeño cobertizo situado en el jardín de su casa. Lo comparte con su pareja, que crea instrumentos electrónicos, así que "está todo lleno de cables y herramientas". Sobre la mesa hay una taza de café, un sacaleches —acaba de ser madre—, un enorme vaso de agua, el borrador de su cuarta obra —publicó la primera, una colección de relatos, con 27 años—, y algunos libros. Siempre escribe, dice, "sobre cosas que están enterradas o bajo el agua", y tal vez por eso el lector tenga la sensación de que bucea en algún tipo de submundo. Así ocurre en *Bajo la superficie*, donde la voz de Gretel, la protagonista, le dirige al infierno de los recuerdos y que le valió ser finalista del Booker, una de las más jóvenes en la historia del galardón literario.

Gretel, una lexicógrafa desbordada cuya madre abandonó antes

de la adolescencia, vive junto al río en el lugar donde había crecido, apartada de todo. Tras años de buscarla, de colgar carteles en postes y visitar morgues, ambas se reencuentran. La narradora se dirige al lector en una segunda persona que reconstruye un extraño mito de Edipo amontonando recuerdos que no son solo suyos. También lo son de Marcus, el joven que, huyendo de sí mismo, y de su familia, como Hansel, dio con ellas en la época en la que Gretel aún era una niña. "Me gusta la destrucción que anida en la reelaboración de cualquier mito", dice Johnson.

Lo que esconde *Bajo la superficie* es "el lugar del que venimos, cómo nos moldean nuestros genes, nuestra naturaleza, la crianza". "Gretel no sería lo que es si no hubiera sido por esa madre. Nada es casual", dice la escritora, que insiste en su tendencia a la destrucción de lo preconcebido. "A menudo, cuando echo la vista atrás, me veo leyendo de adolescente novelas protagonizadas por tipos durísimos y mujeres silenciadas, ausentes. A esa edad todo lo que lees te moldea, y nuestra misión hoy, como autoras, es destruir todo eso. Las escritoras debemos destruir para crear. Las grandes, como Margaret Atwood o la propia Jackson, Toni Morrison o Kerí Hulme, lo han tenido claro desde el principio".

Cada autor abre un camino. "De alguna forma, como Hansel y Gretel, estoy dejando migas en el suelo que me traigan de vuelta, y que van a traer al lector conmigo", dice Johnson. Lo que hará por el camino es mantenerse en una frontera que no existe, pero está ahí de todas formas. "A menu-



Daisy Johnson, en una imagen promocional de este año. / POLLYANNA JOHNSON

do se ha descrito el libro como una novela-limbo, a la vez una versión de algo que existía y algo por completo nuevo. Lo mismo ocurre con los personajes, que no son exactamente hombres ni mujeres. Marcus no es exactamente un personaje transgénero, diría que se sitúa en algún lugar entre ambos géneros", considera.

Quizá, por eso, porque las direcciones son múltiples y no están definidas, se insista tanto en la idea de las posibilidades. Es un pensamiento recurrente de la narradora —de qué forma podría haber sido distinto a como fue, y no acabar Gretel dando vueltas por

moteles y bosques— y es una manera, según la escritora, de "creer en un destino que nada tiene que ver con la fe" pero que la coloca en el centro. "¿Hasta qué punto creer que somos algo nos convierte en eso?", se pregunta Johnson. "Gretel se convierte en la persona que es porque cree que no va a poder escapar de su madre", dice. "Una madre ausente, el peor monstruo posible, al que nadie quiere entender, porque no quiere entenderse que un hijo o la idea de ser madre puedan repugnantar", añade.

Los personajes de la novela son naufragos en un Reino Unido

que no se menciona, pero que late de fondo, como algo que interpela desde el profundo mar. ¿Una inconsciente lectura política de la situación que ha dejado tras de sí el Brexit? "Sí, en cierto sentido, el Reino Unido es hoy un barco que se ha hundido a sí mismo en el fondo del mar", contesta. Y, en cualquier caso, sus personajes "viven en los márgenes, en todos los sentidos, porque nunca van a estar a la altura de las expectativas, ni de las suyas ni de las de los demás. Y se sienten culpables porque nunca serán lo suficientemente buenos y por eso huyen, beben y hacen daño a otros".

OPINIÓN / MANUEL VILAS

Los premios

La única cultura viva de estos últimos 70 años es la cultura popular, la única que no necesita nada más que su mera existencia para alcanzar su plenitud y su público. Las demás culturas necesitan instituciones, necesitan ayuda en carretera. Elvis Presley no necesitaba a nadie. A William Faulkner el Premio Nobel de Literatura le dio lectores que no tenía. Todas las artes que proceden de aquello que se llamó y aún se llama la "alta cultura" precisan reconocimientos públicos para lograr su pasaporte social. Es el caso de la literatura, cuyo prestigio acaba en manos de los premios y no del público. Como si la literatura

necesitase pasar un examen universitario o unas oposiciones y no bastara con el ejercicio libre de la misma. Eso siempre me ha llamado la atención, porque es profundamente luctuoso. Por eso veo la cultura popular con mucha envidia.

Bob Dylan no fue a recoger el Premio Nobel, tampoco el Príncipe de Asturias. Dylan era y es universal, planetario, un triunfo de la vida que no necesitaba a nada ni a nadie. Muy difícil de comprender esto para un escritor, que para vender su pescado necesita de auxilios mediáticos. Los premios en el ámbito de la literatura son imprescindibles desde este punto de vista, pues ayudan a dar visi-

bilidad a los escritores, y dan a conocer valiosas obras literarias que sirven al bien común.

A veces nos molesta que a un escritor al que admiramos encendidamente recien un premio importante y se convierta en alguien popular. Eso lo he visto yo con frecuencia en España. También he visto gente que se enfurece porque cree que tal escritor no merece tal premio. En todo esto veo el olvido de la tarea principal de la literatura: convencer al lector. De poco sirve premiar una obra si luego el lector no la premia en su corazón. He de confesar que ver esos casos de insistencia institucional en coronar una obra literaria que después es discretamente rechazada por los lectores me ilumina el alma, porque yo confío en los lectores, cuyo criterio es el mismo que el que impone el paso del tiempo.

Los premios propenden al desacierto irónico. Jaime Gil de Biedma, el poeta

español más amado de la segunda mitad del siglo XX, se fue a la tumba con las manos vacías, sin ningún reconocimiento. Pero se le sigue leyendo y a buena parte de quienes premiaron insistentemente en vez de al autor de *Las personas del verbo* no los leen ni en su pueblo. Creo en los lectores porque antes creo en la literatura.

Sí, los premios son necesarios, y en España se dan muchos. Los premios institucionales son los más opinables, pues dependen mucho de la conveniencia política y de la moral de cada época, porque esa moral es la que dicta la ejemplaridad civil de la literatura. En cualquier caso, los premios alegran a los escritores. Es un oficio muy severo el de escribir libros. Los escritores no son Elvis Presley. Y alegrar a un escritor, decirle "sigue, te apreciamos, no estás solo en ese duro trabajo de tallar palabras", casi parece una labor humanitaria, digna de aplauso.